

El dardo catódico

Luis Alberto Boh

Fanatismos

"Por cierto que, a quienes niegan nuestras aleyas les introduciremos en el fuego infernal. Cada vez que su piel se haya abrasado, se la cambiaremos por otra piel, para que experimenten el suplicio, porque Dios es poderoso, prudente" (Sura 4:56, CA.)

El Corán establece el camino de la sumisión perfecta ante Alá. De hecho, Islam quiere decir 'sometimiento', 'sumisión' o 'rendición' a Alá.

En nombre de Alá, en Afganistán las autoridades talibán cumplieron la amenaza temida: la destrucción de dos estatuas gigantescas de Buda, engastadas en los farallones de arenisca de Bamiyán, que desde su rara posición erguida (usualmente Buda es representado en posición sedente) han presidido mas de 1500 años de culto, peregrinaciones y una ciertamente mas pacífica coexistencia de ritos y veneraciones distintos que la que hoy tolera el régimen integrista talibán que se hizo con el poder en 1996.

Desde siempre, esta región que recibió el aporte del budismo de la India y fué escenario de la expansión temprana del islamismo apenas 3 décadas después de la muerte de Mahoma, ha sido sitio de paso y de encuentro de culturas diversas, desde el paleolítico, desde la era del tránsito de las caravanas de la ruta de la seda o del paso del comercio del lapislázuli, en los territorios de la mítica Bactriana, al otro lado de las alturas del Hindu Kush o, flanqueando las aguas turbulentas e innavegables del Etymandro, las abruptas extensiones que en la época de Alejandro se conocían como Drangiana y Aracosia.

Hoy Afganistán es una región tan encerrada e inaccesible como siempre, pero en esta era donde las personas, los sitios y los acontecimientos son cifras y las cifras, énfasis, honduras y picos de gráficos estadísticos, en tablas donde todo se compara con todo, Afganistán es también uno de los países mas miserables del planeta. Aún mas desde que el régimen integrista que en nombre del Corán ha condenado a las mujeres a la segregación y al sometimiento, se ha privado también del aporte económico que ellas generaban, en un país devastado por más de dos décadas de guerra civil, con viudas, madres, hijas o hermanas arrojadas a la mendicidad, la prostitución o el suicidio.

Mientras domina un país en donde la esperanza de vida al nacer es de 47 años y 68 de cada cien son analfabetos en sus cerca de treinta millones de habitantes que sobreviven exportando frutos secos, nueces, alfombras y cueros; el régimen talibán canaliza parte de su celo religioso a través del Ministerio para la Promoción de la Virtud y Lucha contra el Vicio: desde ahí se vigila que los niños no jueguen a la pelota ni hagan volar barriletes, que las mujeres conserven el cuerpo enteramente cubierto bajo pena de lapidación pública y que los hombres se mantengan barbados, porque está prohibido afeitarse, como están prohibidos el cine, la música o el teatro.

La hora del Islam, el sitio de los espejos

Y aunque es cierto que los talibán representan el sector más fanatizado y extremista del islamismo sunnita, que forman parte de los despojos de años de guerra salvaje en donde sucumbieron los viejos mujahiddin, y que se hicieron con el poder en medio del colapso de las tradiciones religiosas más moderadas para suplantadas por la versión más recalcitrante, puritana e intolerante del islamismo; no menos cierto es que el islamismo es una religión ascendente que no ha pasado por las etapas que en otras religiones ha significado el abandono de sus aristas más combativas o intransigentes.

La edad del islamismo equivale en este momento a la que la religión católica tenía en los años de 1.379. En los años de hogueras y persecuciones, de movimientos pietistas proclives a la desmesura y el fanatismo, enfrentados a una jerarquía rígida y celosa que no vacilaba en recurrir a represiones sangrientas, miles y miles sucumbieron bajo tormentos atroces y ejecuciones brutales. Por el 1389, fra Michele, el más famoso de los *fraticelli*, el movimiento que intentaba recuperar el espiritualismo de la pobreza originaria de San Francisco de Asís, cae ejecutado en Florencia, y como él muchos más.

Partidarios de Wycliffe o de Hus, heréticos y mendicantes, campesinos píos o inconformistas fanatizados, unos y otros ascendían en el fervor de sus seguidores y en las llamas de la hoguera rendían tributo a la misma intolerancia de la ortodoxia que hoy provoca el rechazo desde los olvidados valles de Afganistán.

La Iglesia Triunfante

Un siglo después se inicia la conquista de América, y en nombre del Dios de la Iglesia Triunfante, del Único, el Misericordioso; decenas -¿centenas?- de miles de indígenas fueron abatidos a cruz y mandoble.

En las postrimerías del mil cuatrocientos América abría a los ojos de incrédulos guerreros, -mas bien a la ceguera-, de contingentes de mercenarios ávidos de oro, tesoros milenarios, frutos de culturas antiguas y en algunos casos altamente refinadas.

Hace menos de un mes, fueron las estatuas de los Budas de Bamiyan, ante la repulsa mundial.

Hace quinientos años, calendarios mayas, tesoros aztecas, objetos de culto y frutos de la cultura incaica fueron saqueados, quemados o destruidos porque contradecían al Dios único, porque negaban su poder innegable, porque disputaban su fulgor y alejaban la mirada y se interponían con la salvación prometida en las Escrituras. Bajo la espada y los arcabuces, bajo el fuego de culebrinas y bombardas se desfiguraron rostros de dioses ajenos y se fracturaron pétreas deidades que habían presidido centurias, quizás hasta milenios de cultos intempestivamente condenados porque no eran los del Dios Salvador, el Omnipotente.

Hace quinientos años, cuando todo eso sucedía, la religión católica tenía mas años que los que hoy tiene la religión de Mahoma.

Desde luego que hay otras diferencias, que en el islamismo nos encontramos con una religión que además se inserta en la vida social y en el entramado jurídico de la sociedad, estableciendo un sistema más complejo de correspondencias y vinculaciones ante las cuales no cabe el desdoblamiento entre el culto profesado, la creencia proclamada, y los actos de la vida pública y social. Pero también es posible encontrar desde la religión una escala de normas de conducta social, más distantes quizás del maniqueísmo de la tradición judeocristiana o de la simplificación mesiánica de los talibán actuales que -como afirma alguien- no deja espacio entre lo obligatorio y lo prohibido.

La Sharia -el derecho canónico- reglamenta tanto los aspectos religiosos como políticos y sociales de la vida dentro del islamismo. Las cinco categorías abarcan desde el *fard*, o el deber absoluto, (que implica recompensa por obrar o castigo por no obrar) hasta el *haram*, los actos prohibidos, la realización de los cuales exige castigo, pasando por las que van formando la escala: los actos dignos de elogio o meritorios, que implican una recompensa, pero ningún castigo por omisión, o *mustahabb*; los actos permisibles, que legalmente son indiferentes, o *ja'iz*, *muhah*, y las acciones reprobables o *makruh*, que se desapruaban, pero no se castigan.

Los dragones del Edén

Es el estrechamiento y la desaparición de la distancia entre lo prohibido y lo obligatorio el que abre ese otro espacio donde se eleva y expande la intolerancia y el fanatismo, sea en el Afganistan del 2001 o en el valle de México en 1499, en Alabama de los sesenta o en la Alemania de las bandas neonazis de los noventa, o en la Argentina que recuerda en estos días 25 años de la siniestra cruzada de su milicia fundamentalista.

En cualquiera de esos casos, como en muchos otros, antes y ahora, a veces sin necesidad de manifestaciones sangrientas o destrozos, y aunque sea al margen del despliegue mediático; todos estamos demasiado cerca de su alcance.

Son pocas cosas las necesarias para que aún las sociedades que se creen al margen de su influencia no se encuentren más expuestas de lo imaginado a la vorágine de la verdad única, al despeñadero de las certezas sin apelación o a la demonización de quienes no sostienen con igual fervor idénticos mitos.

De alguna manera, todos somos hijos del fanatismo y de la intolerancia de algún momento de nuestra historia colectiva, y más cerca o más lejos arroja su sombra en nuestro pasado algún instante oscuro, y alguna barbarie soterrada, algún instinto atávico se encuentra mas próximo de la superficie de lo que suponemos, sólo que siempre es mas nítida y chocante la brutalidad ajena.

A veces hace falta sólo una chispa, un liderazgo mesiánico, la miseria, el futuro incierto o el bienestar perdido o esquivo, para que sin que sea claro hasta que sea demasiado tarde, en algún momento, en algún sitio, una secuencia ominosa empiece a desencadenarse.

Es que no se trata solamente de los Budas, ni es solamente en Afganistán.

marzo, 2001